

CAPITULO V.

Butler se hallaba al pie de las montañas que rodean á Edimburgo por el lado del Sudeste cuando el sol empezaba á despuntar sobre el horizonte. Era aun demasiado temprano para dirigirse á la casa á donde habia pensado ir; y mientras que sentado sobre uno de los fragmentos, que los huracanes habian desprendido de las rocas que se levantaban sobre su cabeza, reflexionaba ya sobre la triste catástrofe de que habia sido testigo, ya sobre la noticia mucho mas triste para él, que habia adquirido en casa de Saddletree, nos entretendremos en hacer conocer á nuestros lectores, quien era Butler, y cuales sus relaciones con Effie Deans, la desgraciada muchacha de la tienda del sillerista, que se hallaba presa en la cárcel de Edimburgo.

Ruben Butler, habia nacido en Escocia, pero era originario de Inglaterra. Su abuelo Esteban Butler habia servido en el ejército de Monk, y hacia parte del cuerpo de dragones, que tomó al asalto la ciudad de Donde en

651. Le llamaban por sobre nombre Butler de la Biblia, á causa de los muchos pasages históricos que sabia de las santas escrituras. Como tenia muy pocos bienes de fortuna, se aprovechó de la ocasion que le ofrecia el saqueo de aquella ciudad rica y comerciante para aumentarlos, y parece que no lo hizo mal, pues desde aquella época se aumentaron considerablemente.

El cuerpo á que pertenecia, se acuarteló en Dalkeith, y formaba la guardia de Corps de Monk, que en calidad de general en gefe de las tropas de la república, residia en un palacio inmediato. Cuando se trató de restablecer á Carlos II en el trono de sus padres, Monk reorganizó su ejército, y no hallando á Butler la Biblia bastante adicto á su persona, ni al restablecimiento del monarca, poco antes destituido, le dió su licencia absoluta pagándole todos sus sueldos atrasados. Con esto su cintura, para servirnos de la espresion de Horacio, se encontró bastante pesada para proporcionarle medios de adquirir una pequeña posesion. En efecto, compró una casa y algunos pedazos de tierra, que aun conservan el nombre de Bersheba, á una milla de Dalkeith, en donde se

estableció con una compañera que escogió entre las jóvenes de las inmediaciones. No sobrevivió mucho tiempo á este enlace, y dejó á la jóven viuda un niño de tres años, cuyo aire y facciones hacian honor á su madre, pues eran un retrato de Butler la Biblia.

Un Laird de las inmediaciones, el Laird de Dumbidikes, hombre brutal y ambicioso, entre cuyas posesiones se hallaba la casa y tierra de Bersheba, como que en otro tiempo habian pertenecido á sus progenitores, suscitó tales demandas contra la pobre viuda sobre la legitimidad de la venta, y adquisicion de su hacienda, que en poco tiempo la desposeyó de cuanto tenia agregándolo á su patrimonio, del que pretendia haberse desmembrado contra todo derecho. Sin embargo, fue bastante humano para permitirle habitar la casa y cultivar las tierras de que antes era propietaria, con la obligacion de pagarle cierto arrendamiento á plazos bastante cómodos. Su hijo Benjamin, crecio, se casó, y tuvo un hijo llamado Ruben, que es el que hemos visto figurar en el capitulo anterior, y que vino á participar de la pobreza de sus padres, y tal vez á aumentarla.

Cuando el Laird vió que un jóven tan robusto ayudaba en su trabajo á la viuda, pensó que unas tan vigorosas espaldas podrian suportar un nuevo peso, y aumentó considerablemente la renta que exigia. ¿Pero qué sucedió? Benjamin trabajaba noche y dia para ganar con que mantener á su familia y pagar la renta, y murió de una enfermedad ocasionada por la fatiga y el cansancio. Su muger le siguió bien pronto al sepulcro, y Ruben Butler se halló en 1705 en el mismo estado y á la misma edad que su padre, huérfano y confiado á los cuidados de su abuela la viuda del antiguo dragon Butler la Biblia.

La misma perspectiva de miseria amenazaba á otro arrendador del mismo Laird, llamado Deans, y que solo se conservaba en sus tierras por una exacta puntualidad en pagar todas las rentas, derechos y gavelas con que le cargaba su señor. Pero el hambre de los años 1700 y 1701, que no se ha olvidado aun en Escocia, agotó todos los medios del honrado Deans, y despues de haber luchado largo tiempo con la miseria, se halló enteramente arruinado, y á la merced de un señor inhumano en la época en que murió Benjamin Butler.

Todo el mundo preveía cual sería la suerte de estas dos familias desgraciadas. Se creía verlas arrojadas de un momento á otro de sus tristes asilos; pero un acontecimiento imprevisto é inesperado, desconcertó todos estos cálculos.

El día mismo en que debía verificarse su espulsion, y mientras que todos los vecinos se preparaban á concederles toda su compasion, pero sin que ninguno se dispusiese á darles el menor socorro, falleció cuasi de repente el Laird de Dumbidikes, y antes de morir encargó á su hijo, contra lo que todos esperaban, que fuese humano con los pobres, que dejase á los Butlers en Bersheba, y que no despidiese á los Deans, contentándose con hacerles pagar una renta moderada, de modo que pudiesen vivir.

Esta muerte produjo una revolucion favorable á las dos familias. Jacobo, ya Laird de Dumbidikes, aunque era avaro é interesado, no tenia el espíritu de rapiña y ambicion que su padre. Su tutor pensó como él, que debian ejecutarse los deseos que el difunto habia manifestado á la hora de su muerte; y así se dejó á los Deans y á los Butlers en sus respecti-

vas haciendas, y se les exigió una renta moderada.

Woodond, en donde vivia Deans no estaba lejos de Bersheba, domicilio de la viuda de Butler. A pesar de eso, habia habido hasta entonces pocas relaciones entre las dos familias. Deans era un presbiteriano acérrimo, y un escocés decidido, lleno de preocupaciones contra los ingleses y contra todo lo que tenia un origen inglés: no podia olvidar que su marido habia servido en el ejército de Cromwell; pero las desgracias reunen á los hombres. En el tiempo de sus aflicciones se hicieron reciprocamente algunos servicios, y Deans perdió una parte de sus preocupaciones cuando conoció mejor á su vecina. Por otra parte ella era escocesa, y aunque Ruben Butler fuese nieto de un inglés, siempre se acordaria que su padre y él habian nacido en Escocia; y últimamente, era de su misma religion, razon muy poderosa en aquel tiempo para reunirse los hombres. David Deans, que tenia tambien su flaco, advirtió que la viuda escuchaba con respeto sus consejos y exhortaciones en recompensa de algunas instrucciones que le habia dado para el manejo de su hacienda. Pero mien-

tras Deans y la viuda Butler luchaban contra la pobreza, cultivando el suelo árido y estéril que el Laird de Dumbidikes habia tenido á bien dejarles, se vió á Deans pasar gradualmente de la necesidad á las comodidades, y de éstas á la opulencia, mientras que la situacion de la pobre viuda era cada dia peor. Es verdad que la viuda era ya vieja, y que Deans se hallaba en la flor de su edad; pero esta diferencia debia hallar su recompensa en que Mistriss Butler tenia un nieto, que de dia en dia se hallaba mas en estado de ayudarla en su trabajo, mientras que Deans no tenia mas que una hija; sin embargo ésta habia sido educada de modo que era sumamente útil en la casa de su padre; tenia una excelente constitucion, y las prudentes instrucciones de su padre, la habian dado un carácter serio y reflexivo.

Ruben por el contrario tenia una constitucion débil, era tímido é irresoluto, y su abuela, que le idolatraba, temia el verle fatigarse en su trabajo. Los dos jóvenes guardaban juntos algunas ovejas y dos ó tres vacas que sus padres enviaban á pastar á los prados comunes de Dumbidikes; los dos iban á la misma escuela, pero Ruben tenia sobre Jeanie, en la ins-

truccion que recibian en ella, la misma superioridad, que ésta tenia sobre él con respecto á los objetos domésticos y campestres. Ruben era sin contradiccion el mejor discipulo, y todos sus compañeros le querian por la dulzura y amabilidad de su carácter, aunque fuese el favorito de su maestro. Pero cuanto mas adelantaba en instruccion, tanto menos apto parecia para los trabajos del campo. Comprendia perfectamente las Georgicas de Virgilio, pero no sabia distinguir la cebada de la avena. Un dia mientras se entretenia en resolver un problema de Eudides, dejó entrar á su pequeño rebaño en una tierra sembrada de guisantes, perteneciente al Laird, y sin la prontitud de Jeanie y los esfuerzos de su perro Dustyfoot, aquel desuido le hubiera costado una gruesa multa. En fin, un año perdió toda la cosecha por haberse empeñado en cultivar sus tierras conforme á los principios de Columela y de Caton el censor.

Tanta torpeza desconcertó á su abuela, y destruyó la buena opinion que Deans habia formado de él. -- Yo no veo de que pueda servirnos éste muchacho, le dijo un dia á la viuda, á menos que no querrais destinarle al estado

2
eclesiástico: y oreo que no haríais mal, porque jamas ha habido mas necesidad de predicadores que en la época presente en que todos los corazones estan endurecidos como muelas de molino. El tiene un buen fondo, es instruido, y cuando llegue á ordenarse de presbitero yo no dudo que sea un escelente predicador.

La buena vieja hizo todos los sacrificios posibles para dar á su nieto Ruben una educacion conveniente al estado á que desde luego pensó dedicarle.

Jeanie Deans se vió obligada á separarse del compañero de sus trabajos, de sus estudios y de sus juegos, y el sentimiento que al despedirse manifestaron uno y otro, fue superior á lo que al parecer permitia su edad; pero eran jóvenes, llenos de esperanzas, y se lisonjaban volverse á ver en dias mas dichosos.

Mientras que Ruben seguia sus estudios en el colegio de san Andres, su abuela se hallaba cada dia mas imposibilitada de hacer valer su pequeña hacienda, en términos de verse obligada á devolversela al Laird de Dumbidikes. Este gran señor tuvo la generosidad de pagarle los años malos, los aperos de la labranza, y los abonos de las tierras por su justo valor, y de per-

93
mitirle ocupar gratis la casa en que vivia mientras fuese habitable, pues protestó que jamal gastaria un schelin en repararla.

Entre tanto, á fuerza de trabajo y de industria, y gracias á algunas circunstancias felices, la fortuna de David Deans se mejoraba de dia en dia: empezaba aun á pasar por hombre rico, y sus conocimientos en la agricultura le habian hecho como una especie de favorito del Laird, que no siendo hombre de sociedad, y no sabiendo que hacer de su tiempo, no dejaba pasar ni un solo dia sin hacer una visita á la hacienda de Woodend.

Alli, no siendo hombre rico en ideas, ni en el modo de manifestarlas, pasaba una ó dos horas sentado al rededor del fuego, ó de pie á la puerta, segun las estaciones, teniendo en la boca una pipa vacia, y sobre la cabeza un antiguo sombrero guarnecido de galon de oro que habia sido de su padre, siguiendo con la vista á la joven Jeanie, que se ocupaba en los queceres de la casa, escuchando, sin comprenderlos los discursos de Deans sobre el tiempo ó sobre la sementera, y mezclando de cuando en cuando, uno ó dos monosilabos en la conversacion, que viniesen ó no al caso. Deans, su-

mamente lisonjeado por la condescendencia de su señor, no dejaba de hacer su elogio siempre que se presentaba la ocasion.--Si no es un grande ingenio, á lo menos es muy honrado: es muy diferente de su padre: es verdad que tiene algo de apego á los bienes de este mundo; ¿pero quién de nosotros se halla sin defectos?

La atencion con que el Laird seguia todos los movimientos de Jeanie no se habia escapado á la penetracion del padre, y de su segunda muger Rebeca, que formando casamientos en su imaginacion entre todos los jóvenes y todas las muchachas de las inmediaciones, preveia ya uno entre el Laird y su hija política Jeanie: pero Deans levantaba los hombros siempre que su muger le hablaba de sus esperanzas, tomaba su sombrero, y se salia de casa, mas era para no dejar ver cierto aire de satisfaccion que apesar suyo se piataba en su semblante.

Mis lectores me preguntarán si Jeanie merecia por su atractivo las mudas atenciones de su señor. Como historiador verdadero me veo precisado á confesar, que sus facciones nada tenian de particular. Era pequeña y demasia-

do gorda para su talla, sus ojos eran azules, su pelo rubio, y su cutis, aunque blanco, estaba algo tomado del sol. Todo su mérito consistia en un aire de tranquilidad inesplicable, que debia á una conciencia pura; en un escelente corazon, en un carácter siempre igual, y en la satisfaccion interior de que gozaba cumpliendo esactamente con sus deberes. Se puede suponer tambien que su aire y modales no presentaban mas atractivo que sus facciones, y sin embargo se pasaban los dias, las semanas, los meses y los años, y el Laird de Dumbidikes venia de pagar regularmente todas las mananas ó todas las tardes su tributo de admiracion silenciosa á Jeanie, sin que ó por timidez ó por indecision, hubiese dicho una palabra que justificase las profecias de su madrastra.

Rebeca estaba cada vez mas impaciente, esperando que el Laird se declarase. Un año despues de su casamiento tuvo una hija á quien pusieron por nombre Eufemia, que segun la costumbre de Escocia llamaban por abreviacion Effie. Jeanie amaba tiernamente á su hermana, y Mistriss Deans calculaba con bastante razon que si llegaba á ser la esposa del Laird de Dumbidikes, su fortuna seria superior á la de

su padre, y que éste se la dejaria toda entera á Effie. Otras madrastas han usado de medios menos laudables para lograr el mismo objeto; pero es menester hacerle á Rebeca la justicia de decir que deseaba sinceramente los adelantos de Jeanie y que no veia en el que debería resultar á su propia hija mas que como una consideracion secundaria, que no era de despreciar.

Llena de estas ideas puso en práctica todas las pequeñas tretas que su corta esperiencia pudo sugerirle para obligar al Laird á que se explicase; pero tuvo la mortificacion de ver inutilizados todos sus esfuerzos, pues un dia que quiso chancearse con él manifestándole lo útil que le seria una muger para el manejo y gobierno de su casa, el Laird tembló visiblemente, y en una semana no volvió mas á Woodend.

Entre tanto Ruben Butler, habiendo concluido sus estudios, y recibido el orden de presbitero, obtuvo su licencia como predicador del evangelio, con algunos cumplimientos de parte de los examinadores; pero no le dieron ninguna plaza efectiva, lo que le obligó á volver á casa de su abuela, no teniendo otros medios para mantenerse que el estipendio que ganaba

dando algunas lecciones en aquellos contornos. Su primera visita fue á Wooden. Allí fue recibido por Jeanie con aquel afecto que le inspiraban unos recuerdos que no se habian separado jamas de su corazon, por Rebeca con una cordial hospitalidad, y por David Deans con la fria indeferencia de un acérrimo presbiteriano, que hubiera tenido como un crimen si se hubiese dejado conmovido por algun afecto terrestre.

Apesar de la profunda veneracion que David Deans concedia al clero en general, no bastaba el ser eclesiastico para merecer su estimacion; y asi inmediatamente, entró en conferencia con Butler sobre diferentes objetos de controversia á fin de descubrir si estaba firme en todos los puntos de la doctrina de la Iglesia presbiteriana, ó si habia adoptado alguna de las otras creencias en que entonces estaba dividida la Escocia, y que miraba como heréticas. Butler sostuvo con honor aquella especie de examen, pero no salió tan puro como el oro del crisol, pues habia manifestado demasiados conocimientos humanos, y los celosos presbiterianos les miraban como propios para alejar el espíritu de la consideracion de las cosas di-

vinas y poco capaces para merecer las gracias celestes.

La intimidad de Jeanie y de Butler se renovó bajo nuevos auspicios. La amistad de la infancia se halló reemplazada por el amor, y convinieron en fin, en que pedirían á sus padres les uniesen por el santo vínculo del matrimonio cuando Butler obtuviese alguna plaza que asegurase su existencia. Ruben formó varios planes con respecto á su colocacion; pero ninguno le salió bien. Entre tanto los años pasaban, ya no se veía sobre las mejillas de Jeanie la frescura de la primera edad, y Butler tomaba ya el aspecto de la edad madura. La viuda de Estevan Butler habia ido á unirse con sus antepasados, y Rebeca habia bajado tambien al sepulcro.

David Deans, apesar de la rigidez de sus principios religiosos, no podia consolarse del sentimiento que le causó la pérdida de una esposa que tanto amaba. Woodend, en donde habia pasado dias tan dichosos con su Rebeca, le era odioso, y resolvió abandonarle. Habiendo adquirido una pequeña fortuna que le permitia emprender especulaciones mas vastas, determinó dedicarse al comercio de bueyes, para

lo que tomó en arrendamiento una casa, y grandes prados en San Leonardo, situado á media milla de Edinburgo, entre esta ciudad, y la gran montaña llamada Arthur's Scat.

Jeanie tenia entonces menos ocasiones de ver á Butler, quien mientras se presentaba otra cosa mejor, se vió obligado á aceptar la plaza de substituto del maestro de escuela de un pueblecito á cuatro millas de la capital. El maestro concibió las mas lisonjeras esperanzas de la aplicacion y celo de su adjunto, y no dudando de que sus talentos le atraerian un gran número de discípulos, le aseguró la supervivencia de su escuela, con lo que el porvenir se presentaba á los ojos de Butler bajo colores menos tristes. En todas las visitas que hacia á san Leonardo, hablaba á Jeanie de sus esperanzas; pero jamas descubrió sus proyectos á Deans, ni aun quiso que los sospechase, y asi solo iba á San Leonardo las veces que se lo permitian sus antiguas relaciones de amistad. Pero habia otro cuyas visitas eran mas frecuentes y mas regulares.

Cuando Deans anunció al Laird de Dumbidikes su intencion de dejar la hacienda de Wooden, este se quedó sorprendido, segun

manifestó en su aspecto; pero no le contestó ni una sola palabra, y continuó sin interrupcion sus visitas diarias. La vispera de la partida de la familia, viendo que se ocupaban en los preparativos del viage, se arrimó á la puerta y se le oyó esclamar -- ¡Jesus! ¡Jesus! El día siguiente fue aun á Woodend; pero no encontró á nadie. Desde aquel momento se halló como fuera de su centro sin saber que hacer ni á donde dirigir sus pasos. No habia casa de campo de las inmediaciones en que no entrase, no habia muchacha en quien no fijase la vista; pero aunque las habia mas bellas y mas cómodas que en Woodend, y encontrase jóvenes mas hermosas que Jeanie, á ninguna miraba con tanto placer como á ésta, y ningun banco le parecia tan cómodo como el de la cocina del rígido Deans. Despues de haber recorrido todas sus posesiones, y permanecido como estacionario, digamoslo asi, durante una semana, le ocurrió que podria estender sus paseos hasta la nueva morada de Deans, aunque estuviese mas lejos. Con esta idea compró un caballo, y el día siguiente se puso en camino para San Leonardo.

Aunque Jeanie tomaba muy poco interés

por el Laird, temia sin embargo que éste uniese la elocuencia de sus discursos á la expresion y frecuencia de sus miradas; pues en este caso se veria precisada á renunciar á sus esperanzas con respecto á Butler, y asi se consolaba de haber dejado á Wooden por la persuasion de que no veria mas al estúpido Laird. Sin embargo se quedó sorprendida cuando al octavo día, le vió llegar á San Leonardo: -- Buenos días Jeanie, le dijo, entrando en la casa segun el cumplimiento ordinario que la hacia en Woodend. ¿En donde está papá? Esta era la segunda frase que añadía, y muchas veces la última de su conversacion, cuando Deans no estaba en casa. Miró por todas partes, y habiendo visto un banco inmediato al fuego, se sentó en él como acostumbraba en Woodend. Hallándose junto á Jeanie alargó la mano, como para tocarla suavemente sobre el hombro; pero como ésta se retirase, el pobre Laird se quedó inmóvil y con el brazo estendido, como la garra de un grifo en un escudo de armas. -- Jeanie, le dijo, hallándose en un momento de inspiracion, hace un tiempo hermoso, hermoso para viajar.

-- ¡Qué mala hierba habrá pisado este hom-

bre! dijo para sí la prudente Jeanie. ¡Jamás ha dicho una frase tan larga! pero no le contestó, y el Laird, contentándose como siempre en seguirla con la vista, esperó tranquilamente á que llegase David Deans.



CAPITULO VI.

Las visitas del Laird recobraron así su curso ordinario, sin que nunca se esplicase mas. Entre tanto el objeto que seguia con la vista hacia ya diez años, salia ya de los limites de la juventud y se acercaba por momentos á lo que llamamos la edad madura, que la naturaleza ha colocado con respecto á las mugeres en una época mas inmediata al nacimiento, que con respecto á los hombres. Otros en su lugar, se hubieran hallado tentados á fijar su vista sobre un objeto, cuyos atractivos, muy superiores á los de Jeanie, brillaban entonces con todo su esplendor.

Eufemia, ó Effie Deans, era entonces como una flor encantadora, adornada con todos los bellos colores de una fresca y hermosa primavera. Con un corte de cara, rival de los mejores modelos de la Grecia, su hermoso pelo negro, que formando mil rizos, se escapaban por uno y otro lado de una redcilla de seda azul, realzaban la blancura de un cutis, animado con los matices que presta á la hermosura la robustez y la salud; sus ojos igualmente negros, pero llenos de viveza, manifestaban